Mal entendido
Autor: Manolo Campa

En los Estados Unidos dos millones y medio de personas padecen de arritmia (irregularidad en las contracciones del corazón). Mi esposa está incluida en ese censo. En el mes de diciembre estuvo ingresada en el hospital con el pulso a ritmo de "cha cha cha". La cosa no era para bromas pero como ya ella está mejor, en casa y haciendo de las suyas, me atrevo a escribir sobre esta experiencia que dejó para mí consecuencias extenuantes.

Llegamos al hospital a la caída de la tarde. Entramos al Salón de Emergencias donde antes de atender a mi esposa de su dolencia del corazón, me interrogaron a mi para averiguar si teníamos seguro de hospitalización, alcance de la cobertura, nombres de los hijos con capacidad económica, y dirección y teléfono de parientes en buenas relaciones con nosotros, capaces de darnos una ayudita.

Una vez cubiertos todos los requisitos financieros mencionados, mi mujer recibió el visto bueno del departamento de cobros y fue atendida por el personal médico. En Emergencia estuvimos (ella de paciente y yo de impaciente) hasta el amanecer del día siguiente, en una camilla en un pasillo hasta que nos trasladaron a un cuarto en el edificio de cardiología.

Cuando en la madrugada yo protesté del tiempo que llevamos allí, en aquel pasillo en medio del tráfico de los que iban y venían, me contestaron que estaban esperando por un cuarto. Llegué a pensar que la demora en Emergencia es un método detectivesco para descubrir si el enfermo lo está de verdad o para dar tiempo a que se cure o se muera.

Al amanecer, por fin, nos trasladaron al cuarto prometido y con más dedicación empezaron a tratar a mi esposa de su dolencia. Las dos primeras noches, mis hijas se quedaron con ella. De la tercera noche en adelante decidí quedarme yo en lugar de las hijas dado que ellas tenían sus trabajos y familias que atender. Aceptaron con reservas porque no confiaban en mis habilidades para cuidar enfermos.

No se si lo hice mal, muy mal o pésimo pero el quedarme aquellas noches en el hospital no me resultó tan traumático. Además, no tenía que madrugar para llegar temprano. Como ella no tenía apetito, la mayor parte de su desayuno la disfrutaba yo. Lo mismo que en las otras dos comidas del día. Noté que mi imagen de esposo abnegado y solícito cobró brillo.

Mi esposa fue mejorando. Un sábado le dieron de alta. El cardiólogo le recomendó que tomara las cosas con calma. Conmovido, le dije resuelto: "Yo te ayudaré". Ese ofrecimiento fue mal interpretado por ella. La ayuda que ofrecí consistía en aconsejarla a frenar sus impulsos cuando sintiera la compulsión a limpiar la casa, ordenar los

“closets”, mover las matas o los muebles de un lugar a otro. Ella entendió que me ofrecía para hacer “yo” los esfuerzos físicos que ella no debía hacer.

El domingo comenzaron mis días con horario de monasterio: fuimos a la misa de las víctimas del insomnio: siete de la mañana, cuya concurrencia esta compuesta en su mayoría por personas que no pueden dormir o duermen poco. Desayuno al regreso, ligero como el del hospital o el de una comunidad de monjes trapenses. Después de un curso corto de cómo operar la aspiradora, limpieza de todos los pisos de la casa incluyendo la terraza.

En días sucesivos, he aprendido a tender la cama procurando que no le queden arrugas pues la sargento de “marines” así lo exige. Las matas que el lunes lucen bien cerca de una ventana, el miércoles lucen mal y hay que moverlas hacia otro lugar. En dos o tres días he limpiado y ordenado, bajo supervisión de mayoral de esclavos, todos los “closets” de la casa. Los viernes tengo que madrugar para ir a comprarle flores a la florista antes de que el sol se las dañe.

Ella está tomando las cosas con calma… la prisa, la premura, el corazón al galope, al trote, los sufro yo que estoy pagando el no haber sido más explícito cuando le ofrecí ayuda verbal, de palabra, de guía, asesoramiento, persuasión, sugerencias, etc., y entendió ayuda física para los quehaceres domésticos.

Pero no todo es cansancio, dolor de espalda, órdenes de ella y protestas mías… bueno también es verla a ella sintiéndose mejor, alegre, exigente, profesoral, perfeccionista… como era y sigue siendo. Incluso este año no tuve que sufrir los rigores del invierno acompañando a parte de nuestra familia en las nevadas montañas de Carolina del Norte.

EN SERIO:

Estamos en año de elecciones. Cuando vayas a votar prepara tu decisión con tiempo suficiente para poder analizar todos los ángulos de ese gran deber de los hombres libres que es ejercer el derecho al voto. Los ajustes sociales que son necesarios en nuestro mundo hoy, llegarían a ser realidad si los hombres y mujeres que elijen a sus gobernantes seleccionan solamente a los que han demostrado preocupación sincera por corregir los males y hacer el bien.

Acepta orientaciones de otros sólo si las encuentras más acertadas que las tuyas. No dejes que te impongan criterios con los que no estés de acuerdo… que estén en contra de tus principios y valores. Presta atención a los candidatos. A lo que dicen, hacen o han hecho. En sus palabras dale más valor a la sinceridad que a la emotividad. Analiza sus logros y sus actuaciones pasadas.

Esta frase, de gran actualidad, debiera aparecer en muchos lugares: **“Los malos funcionarios son elegidos por buenos ciudadanos que no salen a votar”.**